

La Lectura Popular

PUBLICACIÓN QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS



D. Adolfo Alabarana y Garriga

ABOGADO

Fundador y Director de esta revista

HA FALLECIDO

La Redacción y la familia del finado, piden á los suscriptores de La Lectura Popular, encomienden á Dios Nuestro Señor el alma del que les dedicó los 22 últimos años de su vida.

Los Emms. Sres. Cardenal Arzobispo de Toledo, Cardenal Obispo de Barcelona, Excmo. Sr. Nuncio Apostólico, de S. S. en estos Reinos, los excelentísimos y Rvdmos. Sres. Arzobispos de Tarragona, Sevilla, Burgos y Zaragoza y los Excmos. é Ilmos. Sres. Obispos de Orihuela, Madrid-Alcalá, Cartagena, Málaga, Cuenca, Jaén, Córdoba, Plasencia, Segorbe, Tortosa, Zamora, Almería y Sigüenza, conceden respectivamente doscientos, cien y cincuenta días de indulgencia á todos los fieles por cada Misa que oyeren, Sagrada Comunión que aplicaren ó parte de rosario que rezaren ó cualquier otro acto piadoso que se practique en sufragio del alma del finado.

Don Adolfo Clavarana y Garriga

Cuando el alma está saturada de amargura, difícilmente puede articularse la palabra: lágrimas solo brotan del corazón.

Aun no había dejado de manar sangre la herida abierta por el fallecimiento del malogrado joven D. Adolfo Clavarana Bofill ferviente colaborador en esta obra y cuya pérdida aun llorábamos; apenas habían transcurrido cinco años de la muerte de su otro hijo D. José, joven en quien por sus excepcionales facultades teníamos todos puestos nuestros ojos y se abre de nuevo la tumba para recibir los mortales despojos del padre dolorido, del esposo amantísimo; del hombre incomparable que fundó y dirigió esta humilde publicación, en la cual vertió los raudales de su entendimiento y los fervores de su alma enamorada de la verdad y puesta fidelísimamente á su servicio.

D. Adolfo Clavarana Garriga ha dejado este mundo á los sesenta años de edad sin que los padecimientos físicos que de antiguo le aquejaban, ni los sinsabores y contradicciones de que siempre halló sembrado su camino lograsen doblegar aquel espíritu consagrado por entero á la lucha de cuyos resultados pende la dicha ó la perdición de los hombres y de los pueblos.

La providencia de Dios le ha llamado á su seno poniendo fin y término á la campaña tan brillantemente sostenida por la causa del bien. Y sin duda alguna, Nuestro Señor, en su infinita misericordia, le habrá otorgado la recompensa prometida á los que riñen el buen combate de la fé.

No deja el dolor en nuestros ánimos lugar alguno para otras reflexiones.

Los designios de Dios son la norma amorosísima y la ley de nuestra existencia; y con toda nuestra alma los acatamos tributándole las más rendidas acciones de gracias por los dones que al llorado maestro concedió y por el tiempo que nos ha permitido la dicha de tenerle entre nosotros y recibir sus ejemplos y enseñanzas.

Después de la misericordia divina, quedamos sobre la tierra el consuelo de las pruebas inequívocas de afecto cristiano y verdadero que por todas partes están ofreciendo los que, personalmente ó por sus obras, conocieron al finado.

No podemos expresar cuánto agradecemos estas muestras de cristiana fraternidad; y así en nombre de la familia de Don Adolfo Clavarana como en el de LA LECTURA POPULAR, enviamos á todos un cordialísimo «Dios se lo pague».

Pedimos también á Dios que nos conceda la gracia de seguir fielmente las huellas que el difunto nos dejó marcadas para continuar dando gloria á Dios como él lo hizo toda su vida de periodista.

Y porque en nuestra boca sonarían mal las alabanzas, abrimos desde este número una sección en que, con el epígrafe de «Clavarana y la prensa», daremos cuenta á nuestros lectores del efecto producido por tan irreparable pérdida, y de los actos de hermosísima caridad que en sufragio de nuestro Director está realizando la España católica.

Con el favor de Dios iremos publicando algunos trabajos que nuestro llorado Director deja inéditos, unos concluidos, y otros á falta de la última mano.

Pidan por nosotros con ahinco nuestros amigos para que Dios nos tenga de la suya.

LA REDACCIÓN.

CLAVARANA Y LA PRENSA

ADOLFO CLAVARANA

El inimitable y venerado maestro, el compañero y amigo del alma, el brillante escritor, el esforzado paladín de la causa católica, el genial é infatigable periodista Adolfo Clavarana ha muerto.

Su colosal figura se destacará siempre ocupando un lugar preeminente entre los polemistas católicos que han reñido con la impiedad recias batallas en estos aciagos tiempos; por eso el vacío que su muerte deja en nuestras filas es imposible de

llenar, la herida que su separación nos produce, es de aquellas que nunca se restañan. La prensa católica está de duelo.

Pero si el cariño que profesábamos al muerto querido nos hace prorrumpir en incoherentes gritos de dolor, si el propio egoísmo nos hace sentir más y más en estos tiempos de lucha, la pérdida de tan excelente compañero que siempre ha sido uno de los primeros en la brecha, forzoso es reconocer, aunque se desgarré nuestro corazón, que era llegada ya la hora del descanso para el que nunca lo tuvo en el servicio de Dios Nuestro Señor.

Grandes eran y de todos conocidos los merecimientos de Clavarana. Hombre de talento extraordinario, de fácil pluma, de elocuente palabra, de erudición vastísima, ofrecíale el mundo brillante porvenir si á servirle se hubiera decidido.

Pero fiel á la divina gracia que entró á torrentes en aquel corazón grande, todo lo dejó y renunció Clavarana para consagrarse por entero al servicio de Dios. Constante en su propósito, sostenido por una fé inquebrantable, por una caridad ardiente y por una firme esperanza, nada le detuvo en su camino; y á pesar de las persecuciones, de los odios, de las calumnias y de las intrigas de toda clase que contra él desencadenaron sus enemigos, y á pesar de las cruces amarguísimas con que Nuestro Señor quiso templar aquella alma de acero, la pluma brillantísima y el claro talento de Clavarana siempre, hasta el último aliento, han estado dispuestos á la defensa de la causa católica.

Puede decirse que Clavarana ha sido uno de los más temibles y temidos enemigos de la impiedad, especialmente del malhadado liberalismo por él combatido y fustigado, aún cuando hipócritamente ha querido tomar la capa del catolicismo.

Los últimos momentos de Clavarana han sido los de un santo. A vida de trabajo y de sacrificio consagrada á Dios, no podía menos de seguir la envidiable muerte que ha tenido.

El que estas líneas escribe ha tenido el consuelo de recibir una de las postreras miradas del ilustre escritor, una de aquellas miradas cuyas penetrantes, inteligentes que encerraban un mundo de ideas. ¡Ojalá que grabándose en nosotros esa mirada destello del alma fervorosa y encendida de Clavarana, sepamos imitarlo y, tomándole por guía, luchemos siempre denodadamente, como él luchó, contra todos los enemigos de la fé católica! ¡Dios lo haga!

Aunque, pensando piadosamente, de él gozará ya el alma de nuestro amigo

queridísimo, por si necesitare sufragios rogamos á todos nuestros lectores que por él los ofrezcan á Dios y pidan la resignación cristiana para su atribulada familia á la que enviamos el testimonio de nuestro dolor y de nuestro afecto.

MANUEL SENANTE

De «La Voz de Alicante».

NUESTROS MUERTOS

La muerte de Clavarana llenará de aflicción á todos los buenos católicos, y millares de corazones acompañarán en su luto á *El Siglo Futuro*.

Si España fuera aún España, hoy sería un día de conmoción y duelo universal para los españoles.

La pérdida es muy grande y dolorosa, y el vacío que deja imposible de llenar. No creo que nadie, por medio de la prensa periódica, haya hecho tanto bien en estos tiempos como el hombre insigne y gran cristiano que acaba de morir. Aquella lógica inflexible, aquel ingenio inimitable, aquella profundidad y alteza, aquella gracia ligera y gráfica con que Clavarana ponía de manifiesto y patentes, las verdades más abstrusas, deshacía las falacias más arteras, iluminaba los entendimientos y ganaba los corazones de los sabios y de los humildes; y todo eso con aquel celo ardiente y abrasador por la gloria de Dios y la salvación de las almas que resplandecía en sus obras, hacían de Clavarana una figura singular y especialísima que no tenía par, y un propagandista incomparable. La modestia del hombre, alejado de los grandes centros del movimiento y la vida, completamente ajeno á toda ambición é indiferente á la fama y honras humanas, y la humildad de su publicación, la más reducida y pobre y la más extendida y solicitada de todas las publicaciones católicas, y muchas liberales, daban realce á la obra más noble, más grande y más santamente fecunda que puede haber en su género.

Todos los buenos llorarán la muerte del humilde, del virtuoso, del ilustre, del gran escritor. Muy grande es la pérdida para los pobres, para los pequeños, anegados en la miseria moral y material de esta infame y maldecida civilización moderna, madre espléndida y rica de soberbios, verdugo de los humildes, sobre los cuales caían las palabras de Clavarana como rocío del cielo y luz de verdad y caridad. Pero tan grande ó mayor es la pérdida y el dolor para los que estamos

peleando, cada cual en la trinchera que le ha tocado, y en él teníamos ejemplo vivo, estímulo ardiente, consuelo en la aflicción, consejo en la necesidad, maestro constante y entrañable amigo.

Y sin embargo, de mí se decir que mi pena no es amarga sino dulcísima, y en el fondo de ella hay alegría. Porque al recibir ayer por el teléfono la infausta nueva, se conmovió mi corazón, los ojos se me llenaron de lágrimas; pero no se me representó su vista ya apagada, su rostro lívido, su cuerpo yerto, sus despojos inertes; pero imaginé á su alma hermosísima romper libre y feliz el barro de la tierra y volar á Jesucristo, que con los brazos abiertos y estrechándole á su divino Corazón, le decía:—«¡Ven a Mí, bendito de mi Padre! Porque estuve hambriento y me diste de comer, sediento y me diste de beber, desnudo y me vestiste, y llamé á tu puerta y me abriste, y enseñaste á mis pequeñuelos, y los viste ciegos y les diste luz, y á Mí me viste ultrajado y me defendiste, negado y me confesaste delante de los hombres, como Yo te confieso ahora á tí delante de mi Padre en el triunfo de mi gloria.»

¡Y se acabaron las fatigas de la lucha, las amarguras de la traición constante y la defección continua, las penas y los dolores de la vida mortal, y ya no hay sino felicidad sin fin ni término, en compañía del hijo queridísimo á quien vió morir hace poco, en compañía de tantos y tantos como convirtió al bien y preservó del mal, al amor de aquella Madre que tanto ama á los que fueron fieles á su Hijo!

Roguemos, roguemos por Clavarana, que la Iglesia nos manda rogar por los que mueren, y sin revelación del cielo, nadie puede conocer con evidencia los juicios de Dios.

Pero si está, como piadosamente creo, ó cuando se vea en la presencia de Dios, pida él por nosotros. Pida, en particular, por los que, si ahora muriésemos, no compareceríamos en el juicio supremo purificados como él por la necesaria penitencia, sino cargados de culpas y miserias, sin más esperanza cierta que la misericordia de Dios, ni otros méritos verdaderos que la sangre de Jesucristo y el amparo de la Virgen Inmaculada.

RAMON NOCEDAL.

De «El Siglo Futuro» (Madrid).

CLAVARANA

Orihuela 14 de Febrero.

Resignadísimo y edificando á todos ha muerto Clavarana esta madrugada á las

cinco. Mañana será el entierro. Pida sus sufragios á los amigos.

EL CORRESPONSAL.

Hemos perdido, pues, para la presente vida al insigne campeón de la causa católica en España, al veterano ilustre que con raro tesón é inteligencia ha combatido por Dios y por la patria hasta morir con las armas en la mano.

El nombre de D. Adolfo Clavarana y Garriga era realmente popular, como el título de su humilde periódico. entre los católicos españoles.

Excusamos hablar de sus relevantes prendas morales, honradez sin tacho, su laboriosidad férrea, de su celo ardentísimo por la gloria de Dios y el bien de las almas, de su condición de cristiano viejo y español de la cepa.

Dios había querido probar últimamente su virtud llevándose hace menos de un año á su hijo D. Adolfo Clavarana y Bofill, digno por cierto de tal padre. El golpe que con esto recibió su noble y cristiano corazón habrá sin duda acelerado los pasos de la muerte, pero no impidió que el Sr. Clavarana continuara consagrado á la tarea que tantos merecimientos ha debido de granjearle delante del Altísimo.

No solo era el Sr. Clavarana, cuya muerte lloramos, un fervoroso católico, sino un excelente periodista, un literato, merecedor de mas aplausos de los que se le tributaron. Sus escritos raras veces ocuparon el papel satinado de las revistas de lujo, ni siquiera iban por lo regular destinados á los periódicos católicos de mas importancia; en las estrechas columnas de la modesta *Lectura Popular*, por el fundada y sostenida á beneficio de los pobres, era donde se saboreaba los admirables productos de su fecundo y lozano ingenio, los primores de su ática pluma, las delicias de su humorismo sano y de ley, que ni interrumpió la fatiga, ni debilitara los pesares, ni extinguieron los años:

El Sr. Clavarana, como literato, aventajó á muchísimos que hoy gozan el favor del público, y consistió toda su falta en no haber escrito jamás simplezas ni cuentos verdes en las revistas ilustradas.

Descanse en paz el preclaro escritor católico, y rueguen á Dios por él nuestros amigos.

De «La Cruz» (Tarragona).

CLAVARANA

Muchos pésames recibimos ayer por la muerte de Clavarana, de sacerdotes y re-

ligiosos, de personas de toda clase y condición que, cuando se enteraron de la noticia, manifestaron la pena que sentían por la desaparición del «primer adalid que tenía hoy en España nuestra santa causa».

—Ha muerto un gran caudillo de Dios; nos decía un sacerdote.

Y es verdad; porque Clavarana, escritor y político, en su casa y en su periódico, con su palabra y con su pluma, ha sido eso, un hombre lleno de Dios, en honra y gloria del cual y por amor del prójimo, ha consumido su bendita existencia, desde el día que, como otro Saulo, oyó el llamamiento de la gracia y correspondió á ella, con todo el fuego de su corazón ardiente y novilísimo.

Si la Iglesia nuestra Madre no oculta lo que fué el Apostol de las gentes, antes que viese y oyese á nuestro Divino Redentor, cuando se le apareció en el camino de Damasco, ¿por qué ocultar lo que fué Clavarana antes de ser insigne maestro del periodismo católico y el primer hombre de nuestra comunión, entre los que ya han recibido el premio de cuantos perseveraron en el combate? Un trueno en su mocedad; hombre de inagotable y mal empleado ingenio cuando comenzó á sentar la cabeza; el primer abogado de la comarca, cuando se le antojó licenciarse en Derecho, y en diez y ocho meses se hizo abogado; el más listo de los políticos; el más elocuente de los letrados; el más travieso de los secretarios de Ayuntamiento; el más temible de los escritores; el más sangriento satírico; ese fué Clavarana liberal; hombre llamado á ser todo lo que hubiese querido, por los caminos de perdición: alcalde, diputado, ministro, cacique máximo, soberano dispensador de las mercedes que la revolución con gero frigio, ó sentada en un trono, da á los que oyen sus palabras, que ni siquiera tienen el mérito de la novedad.—Todo esto te daré, si postrandote me adoras.

Pero un día, día bendito que los católicos españoles debíamos señalar con piedra blanca, oyó Clavarana predicar á Cristo, y á Cristo crucificado por la Sinagoga moderna, y aquel hombre de fuego se postró ante los pies del Señor, repitiendo la frase del Apóstol:—Señor, ¿qué querías que haga?—Y cuando se cercioró y aseguró de la voluntad de Dios respecto de él echó á rodar todo lo que le apartaba de Cristo, y no comenzó á predicar á las muchedumbres una cruzada que sólo Dios

nes que ha acarreado, las familias y pueblos que ha regenerado, las almas que ha salvado.

—¡Está loco!—decían los que le vieron repudiar la política triunfante y abrazar la bandera del integrismo, abrazado á la cual ha muerto y se ha presentado ante nuestro Señor Jesucristo, supremo Juez de vivos y muertos.

—¡Está loco!—repetían los que le vieron tirar por la ventana los rendimientos de su estudio de abogado, el primero de la comarca, porque es fama que Clavarana jamás perdió un pleito.

—¡Está loco!—clamaban los prudentes, según la carne, cuando vieron que se dedicó con cuerpo y alma á su benemérita *Lectura Popular*, abriendo cuenta nueva en su existencia, quemando lo que adoró y adorando lo que quemó.

Y estaba loco de veras, loco perdido desde que se enamoró de la verdad y consagró toda su vida á serviría como á su reina y señora, cumpliendo su destino en la tierra, que fué dar á conocer á Dios, hacer amable nuestro programa y nuestra bandera, penetrar hasta el corazón de las gentes ganándolo para Jesucristo, partir el pan á los pequeñuelos, con tanta gracia, suavidad y dulzura, que pequeños y grandes y medianos nos hemos alimentado con esa bendición de Dios que brotaba de la pluma de Clavarana, que allá queda en Orihuela colgada de una espetera, sin que se vislumbre quien pueda volverla á manejar, para alegría de los ángeles y de los hombres buenos, para gloria de Dios y gloria de España.

Unos de mala fe, otros por pura tontería, ha habido quien nos ha acusado de rechazar á los que se nos acercan, de apagar la mecha que humea y quebrar y patear la caña cascada. Y muchas y sabrosas cosas podría contestarse á tales calumniadores ó mentecatos; pero ahora salta á la vista un argumento personal. Ahí está Clavarana, que se pasó del campo enemigo al nuestro, y fué desde el primer día amado y considerado, no sé si todo lo que él se merecía, pero todo lo que nosotros pudimos amarle y honrarle. Ahí está Clavarana, nuestro amigo del alma, insigne compañero, maestro incomparable, á quien pusimos y ponemos sobre todos nuestros amigos, que viene á desmentir la leyenda de nuestra ferocidad y desamor. Eso sí, con quien no queremos migas ni pan de higos, es con los liberales de todos los colores y matices, aunque vayan á Misa; aunque pertenezcan á todas las Cofradías

Dios de amor en su boca y en su corazón para ir después, según frase del Obispo de Cartagena, á venderlo á las potestades infernales. Pero cuando los liberales dejen de serlo y acendan al llamamiento de la gracia, ¡bendito sea Dios y vengan á nuestros brazos!; y cuando borren con una vida de héroes y santos un pasado borrascoso, luchando con alma, vida y corazón por Dios y por la patria, como Clavarana luchó, entonces quisiéramos tener mil lenguas y mil corazones para alabarle y honrarle, rindiendo á tal señor tal honor, como dicen los franceses.

Con la muerte de Clavarana están de luto: su familia y sus amigos, Orihuela y Valencia, la España católica y la buena causa en el mundo.

El Señor nos lo dió; el Señor nos lo quitó. Sea bendito siempre.

Pero humillémonos y oremos con más fe y fervor que nunca, porque en las grandes desgracias de la patria y del mundo, hay que elevar á Dios los corazones y pedir misericordia, y la muerte de Clavarana ha sido una gran desgracia para la tierra, aunque, piadosamente pensando, habrá sido una conquista para el cielo.

Que desde allí interceda por nosotros para vivir y morir á su imagen y semejanza, confesando, como él, á Jesucristo, y repitiendo la jaculatoria que repitió hasta el morir nuestro queridísimo Adolfo Clavarana:—¡Oh María, sin pecado concebida! ¡Rogad por nos, que acudimos á Vos!

Así ha muerto el insigne adalid de la causa de Cristo.

C. B. y S.

De «El Siglo Futuro» (Madrid.)

LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas ajenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

Cada acción da derecho á recibir con ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos sociales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Una acción . . .	4 pesetas mensuales
Media id.	2 » »
Un cuarto id. . .	1 » »
Un octavo id. . .	0'50 » »

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Pas 6, principal.